

Manuel M. Flores.

ODA Á LA PATRIA.

5 DE MAYO DE 1862.

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre  
 Esplendorosa de granito y nieve  
 Del excelso volcán, á donde rauda  
 Entre el fulgor de la celeste lumbre  
 Tan sólo el cóndor á llegar se atreve;  
 Donde la nube se desgarró el seno  
 Para vibrar el rayo  
 Y hacer rodar en el abismo el trueno.  
 Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa  
 Del cielo tropical y sobre el ara  
 Diamantina del Ande  
 El augusto pendón de la victoria,  
 Que aún mereciera pedestal más grande  
 La enseña de la Patria y de la Gloria!

¡Oh santo nombre de la Patria! . . . Escuda  
 Con tu prestigio inmenso  
 Esta mi audaz palabra, tan desnuda  
 De elocuencia y vigor; haz que vibrante  
 Al pié de tus altares se levante,  
 Y sea la nube del incienso  
 Ante el ara de Dios; haz que resuene  
 Potente, y en su vuelo  
 Con tu renombre los espacios llene  
 Y cubra el mundo y se levante el cielo!

\*

Ayer—fugaz minuto que á la Historia  
 Acaba de pasar en las serenas  
 Y deslumbrantes alas de la Gloria—  
 Ayer en la ignorada  
 Cumbre de una colina que ceñía  
 Una cinta de frágiles almenas  
 Y pobre artillería,  
 El mexicano pabellón flotaba  
 Bajo un cielo de brumas,  
 Como en la frente del guerrero azteca  
 Rico penacho de vistosas plumas.  
 Mas no flotaba al beso voluptuoso  
 De las brisas del trópico . . . crujía  
 Al soplo tempestuoso  
 De un huracán de muerte, y se tendía  
 Su lona tricolor, como del iris

Sobre la frente negra de los cielos  
 La diadema se ostenta  
 Cuando huyendo flamígera sacude  
 Su melena de rayos la tormenta!

Y era también un iris de esperanza  
 Aquel sagrado pabellón erguido  
 Ante el géneo feroz de la matanza.  
 Aquella enseña del derecho herido  
 Alzándose terrible á la venganza,  
 Allí del Mundo de Colón los ojos  
 Se fijaban severos, centellando  
 De impaciencia, de cólera y enojos.  
 Y ¡quién sabe! si airadas  
 Allá desde los picos solitarios  
 De la alta cordillera, silenciosas,  
 Envueltas en sus pálidos sudarios,  
 De nuestros héroes muertos asomaban  
 Las sombras espectrales  
 Y el Guadalupe atónitas miraban.

El Guadalupe! . . . Ostenta en sus laderas  
 De la patria las bélicas legiones;  
 Brillan las armas, flotan las banderas,  
 Y se mezcla al rodar de los cañones  
 El toque del clarín, la voz de mando  
 Y el relincho marcial de los bridones.

Y más allá, cruzando la llanura,  
 Hinchidas de arrogancia,  
 Tendiendo al sol las alas voladoras,  
 Las imperiales águilas de Francia  
 Conduciendo las huestes invasoras.

Las huestes sin rival. En sus pendones  
 Cien y cien veces derramó laureles  
 Propicia la victoria;  
 Soldados favoritos de la gloria,  
 En los campos de Europa sus corceles  
 Han dejado una huella ensangrentada,  
 Y cien veces sus páginas la Historia  
 Abrió á la punta de su atroz espada.

Ellas son y avanzan . . . ¡Dios Supremo!  
 Ah! ¿qué vá á ser de nuestra pobre tierra  
 Ante esos semidioses de la guerra?  
 ¿Qué vá á ser del soldado mexicano,  
 Soldado humilde sin laurel ni pompa  
 De esos titanes al tremendo empuje? . . . .

¿Qué vá á ser? . . . Vedlo yá . . . .

Suena la trompa,  
 Silba la bala, la metralla ruje,  
 Se avanzan con furor los batallones,  
 Se chocan los guerreros,

Se desgarran flotando los pendones,  
 Crujen tintos en sangre los aceros,  
 Tiembla la cumbre, tiembla la llanura  
 Al estruendo mortal de la pelea,  
 Y de humo y polvo en la tiniebla oscura  
 El cañón formidable centelléa!

¡Terrible batallar! Potente rabia  
 De insensato furor ébrio de sangre;  
 Festín de la venganza  
 En que sólo resuena pavoroso  
 El salvaje rujir de la matanza;  
 En que fiera la vida  
 Se escapa palpitante por la herida  
 Del corazón indómito, que aun late  
 Encendido en las iras del combate.  
 Instante de terror y de grandeza  
 En que el débil en bravo se convierte  
 Y se hace león el corazón del fuerte,  
 Y convulsa la vida se desgarrá  
 Y se goza el Horror y ríe la Muerte!

Terrible batallar! Golpe por golpe,  
 Furor sobre furor, vida por vida  
 Y sangre nada más. . . . Allí el renombre  
 Del francés vencedor y su pericia  
 Contra el derecho transformado en hombre

Y armado de justicia.  
 Terribles las legiones,  
 Cual de la mar las olas turbulentas  
 Que flagela el furor de las tormentas,  
 Se encuentran y se chocan y se rompen  
 Ferozes y sangrientas! . . . .

Y ¿es verdad?...es verdad?... Los invencibles,  
 Los que cejar no pueden,  
 Los tigres de Inkermann y Solferino,  
 Aquí, blanca la faz, perdido el tino  
 Y con miedo en el alma. . . . retroceden? . . . .

¿En dónde está su incontrastable arrojo?  
 ¿En dónde su furor armipotente?  
 ¿Dó el llegar y vencer que suyo haría  
 Inmóvil de terror el continente?  
 ¿Las águilas francesas  
 No midieron, cruzando el Océano,  
 Cuánto eres, Libertad, grande y potente  
 Bajo el inmenso cielo americano? . . . .

Soberbias te arrojaron sus legiones;  
 Y viéndolas llegar, en tu mirada  
 Las iras del ultraje centellaron!  
 Relámpagos los golpes de tu espada  
 El rayo de la muerte fulminaron;

Sangrienta charca abrióse tu pisada,  
 Nada su rabia de leones pudo,  
 Y ante tu fuerte escudo,  
 Ellas . . . las invencibles . . . se estrellaron!

Y tres veces así . . . del Guadalupe  
 Quedaron las laderas  
 De pálidos cadáveres regadas,  
 Y de francesa sangre  
 Y sangre mexicana ¡ay! empapadas.  
 Y cuando el sol de Anáhuac esplendente  
 Bajaba al occidente,  
 El ángel tutelar de la victoria  
 Voló á arrancarle su postrero rayo,  
 Bañó con él, de México la frente  
 Sellándola de gloria;  
 Y con letras de sol CINCO DE MAYO  
 Para los siglos escribió en la Historia!

Entonces . . tú lo sabes, Puebla mía.  
 ¡Oh Puebla, cuyo nombre bendecido  
 Ensalzar como quiero nunca supel . . .  
 Tu nombre para siempre esclarecido  
 La Francia lo aprendió en el estampido  
 Del cañón que tronaba en Guadalupe!

Cayó ese nombre en la soberbia Europa

Con el ruido triunfal de una victoria;  
 Cayó vestido con el ampo de oro  
 Del sol de Mayo que alumbró tu gloria!

Desde entonces, allá, bajo el sereno  
 Dosel de auroras que despliega oriente,  
 Envuelta en olas de oro por la lumbre  
 De aquese sol triunfal, y coronada  
 Con el lauro que el tiempo no destroza,  
 Del Guadalupe yérguese en la cumbre  
 La figura inmortal de Zaragoza.

\*

Las águilas francesas que algún día  
 Tendieron sobre el mundo  
 Ebrias de triunfo las potentes alas,  
 Llevando entre sus garras las banderas  
 Vencidas y hechas trizas  
 De naciones altivas y guerreras;  
 Las águilas que guiaron la fortuna  
 Sangrienta de los fieros Bonaparte,  
 No posaron su vuelo victorioso  
 Después, del Guadalupe en el baluarte.  
 Y queda allí, soberbio monumento  
 De patriotismo y gloria,  
 Vistiendo con la sangre no lavada  
 La púrpura triunfal de su victoria.

Allí queda á su planta la esforzada  
 Guerra del Atoyac, Puebla la bella;  
 La tierra de mi hogar, que guarda altiva  
 Cual cicatrices que la gloria sella,  
 Sus calles destrozadas,  
 Sus rotos muros, sus deshechos lares,  
 Y en pié las ruinas de sus grandes templos  
 Por la bala francesa acribilladas,  
 Elocuente padrón del heroísmo  
 Y del patrio denuedo,  
 Página de la Historia  
 Del mexicano corazón sin miedo!

Allí queda la invicta  
 Amazona mostrando cual trofeo  
 La palpitante herida del combate,  
 Por la cual, ante el sol, como en el roto  
 Pecho de los guerreros de Tirtéo  
 Se vé el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres  
 Ante cuyo granito la soberbia  
 De los nunca vencidos se destroza;  
 Allí queda ese campo de pelea  
 Donde hollaron las cruces de Crimea  
 Los cascos del corcel de Zaragoza!  
 ¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día

Arroja el extranjero  
 El grito de la guerra á tu muralla,  
 ¡Renueva tu osadía,  
 Vibra de nuevo el matador acero,  
 Desata el huracán de la metralla;  
 Fulmina fiera de la muerte el rayo,  
 Y la sangre del campo de batalla  
 La saque aún otra vez la esplendorosa  
 Lumbré de gloria de tu sol de Mayo!

## PASION.

¡Háblame!. . . que tu voz, eco del cielo,  
 Sobre la tierra por do quier me siga. . . . .  
 Con tal de oír tu voz nada me importa  
 Que el desdén en tu lábio me maldiga.  
 ¡Mírame!. . . tus miradas me quemaron,  
 Y tengo sed de ese mirar eterno;  
 Por ver tus ojos, que se abraza mi alma,  
 De esa mirada en el celeste infierno.  
 ¡Ánime!. . . Nada soy; pero tu diestra  
 Sobre mi frente pálida. . . un instante,  
 Puede hacer del esclavo arrodillado  
 El hombre rey de corazón gigante.  
 Tú pasas. . . y la tierra voluptuosa  
 Se estremece de amor bajo tus huellas,  
 Se entibia el aire, se perfuma el prado  
 Y se inclinan á verte las estrellas.

Quisiera ser la sombra de la noche  
 Para verte dormir sola y tranquila,  
 Y luego ser la aurora y despertarte  
 Con un beso de luz en la pupila.  
 Soy tuyo, me poséas; un solo átomo  
 No hay en mi sér que para tí no sea:  
 Dentro mi corazón eres latido  
 Y dentro mi cerebro eres idea.  
 ¡Oh! por mirar tu frente pensativa  
 Y pálido de amores tu semblante,  
 Por sentir el aliento de tu boca  
 Mi árido lábio acariciar jadeante;  
 Por estrechar tus manos virginales  
 Sobre mi corazón, yó de rodillas;  
 Y devorar con mis tronantes besos  
 Lágrimas de pasión en tus mejillas.  
 Yo te daría. . . no sé. . . no tengo nada:  
 (El poeta es mendigo de la tierra)  
 ¡Toda la sangre que en mis venas arde!  
 ¡Todo lo grande que mi mente encierra!  
 Mas no soy para tí; si entre tus brazos  
 La suerte loca me arrojara un día,  
 Al terrible contacto de tus labios  
 Tal vez mi corazón se rompería!  
 Nunca será. . . Para mi negra vida  
 La inmensa dicha del amor no existe;  
 Solo nací para llevar en mi alma  
 Todo lo que hay de tempestuoso y triste.

Y quisiera morir. . . . . pero en tus brazos  
 Con la embriaguez de la pasión más loca,  
 Y la luz de mi vida se apagara  
 Al soplo de los besos de tu boca.

## JUSTO SIERRA.

### CRISTOBAL COLON.

¡Oh Colón! para hacer de tu renombre  
 Eco digno mis pálidos cantares,  
 Yo necesitaría  
 Encontrar otro mundo en la poesía  
 Como el que tú encontraste entre los mares.  
 Nunca tanto osaré; si el arpa mía  
 Alza himnos de alabanza á tu memoria,  
 Cumplo un santo deber de americano:  
 Ave del Oceano,  
 Grandioso pedestal de tu victoria,  
 Plugo al cielo inmortal darme por nido  
 El nido de tu gloria;  
 Por eso tu recuerdo, eternecido,  
 Llamo del seno del sepulcro adusto;  
 Surja tu sombra de sus piedras santas,  
 Y mi musa feliz, mendigo augusto,  
 Doblará la rodilla ante tus plantas.

¿Quién es? ¿Qué afán le guía?  
 ¿Qué busca ese hombre en los perfiles rojos  
 Del remoto Occidente?  
 ¿Por qué ese eterno pliegue en esa frente,  
 Por qué esa eterna llama en esos ojos?  
 ¡Un visionario, ahl sí—Cuando ha dejado  
 La sombra un horizonte; cuando avanza  
 Del corazón en lo infinito una hora,  
 Rayo de luz que basta á la esperanza  
 Para encender en el zafir su aurora;  
 Cuando aparece un astro en el Oriente  
 Mostrando al hombre en el dolor su ruta;  
 Cuando bebe un anciano la cicuta;  
 Cuando el sol de los libres centellea  
 Y un profeta agoniza en el Calvario,  
 Es que la augusta antorcha de la idéa  
 Brilla en manos de un pobre visionario.  
 Hijos del sufrimiento Dios los hace—  
 ¡Ineluctable ley! La vida nace  
 De la muerte, el amor crece en el llanto,  
 Nace la lucha ardiente de la calma,  
 De la tumba la miel que acendra el lirio,  
 Y el pensamiento del dolor del alma,  
 Y el humano progreso del martirio.

¿El génio es por ventura  
 Un signo de expiación sobre la tierra?  
 ¡Humanidad! viajera de las ruinas

Siempre en pos de las huellas misteriosas,  
 De esas grandes figuras dolorosas  
 Coronadas de espinas;  
 Tú has sido su verdugo—ellos vivieron  
 Al calor de tu hogar—ellos vertieron  
 En tu cáliz su sangre gota á gota,  
 Desde el dolor con llanto de la cuna  
 Hasta el dolor sin llanto en la picota.  
 Llega después el porvenir y cubre  
 Los insepultos cuerpos, con fulgente  
 Mortaja de oro y púrpura, que ignala  
 A la túnica roja del demente,  
 Y solo entonces al decir sus nombres  
 Sentimos en el pecho  
 Como un orgullo inmenso de ser hombres.

Vosotros sed benditos  
 Por vuestra fé, por vuestro puro anhelo;  
 Una lámpara es nuestra existencia,  
 Encendida en la noche de este suelo  
 Para alumbrar las gradas tortuosas  
 De la eterna espiral que sube al cielo.

Bendito tu, Colón, nauta arrogante  
 Que quisiste el abismo de tu alma  
 Del abismo del mar poner delante,  
 Y escuchar de ese abismo en la presencia,  
 En las ardientes playas españolas,

La gran revelación de tu conciencia  
Mezclada con el ritmo de las olas.

De rodillas, atónito, aceptaste  
La unción del porvenir sobre tu frente,  
Y rey te levantaste—  
Y los reyes te vieron, peregrino  
Mostrar entre las olas encrespadas  
El invisible trazo de un camino.  
A tus espaldas, soñador austero,  
En vez de un mundo misterioso, vian  
Las alforjas sin pan del pordiosero;  
Y pedistes en vano  
Un puñado de oro á su escarcela,  
Dando un reino perdido en l'Océano  
Por una carabela:—

«Para alzar de la noche un hemisferio,  
Edén de amores que la mar engasta,  
Dadme un punto de apoyo, les dijiste,  
Que la palanca de la fé me basta.»—

—El corazón de la mujer tuviste—  
Y tendiendo á los vientos la ancha lona,  
Marchastes á pedir á lo ignorado  
Tu sublime corona.—  
El Océano ante tí tendió admirado  
De la fiera borrasca el velo denso;

Tú ibas en pos de tu ideal soñado,  
Sólo, tranquilo, inmenso.  
Nada te pudo detener, ni el hombre  
Uniendo á la del mar su saña impía.  
Cuando la aurora en el zafir marcaba  
Con su aguja de oro tu agonía,  
Tú en pié en la proa del bajel hispano  
Clamaste con acento sobrehumano:  
«En el nombre de Dios Omnipotente,  
En cuyo arbitrio la creación se encierra,  
¡Despierta, continente!»  
Y como un eco enorme, de repente  
Gritó una voz en lontananza: «¡Tierral»  
Qué mas puedes desear, nauta atrevido  
Las alas de la muerte ya recobra,  
Hombre á quien el Creador ha permitido  
Colaborar en su obra.—  
Gracias á tí, nuestra incompleta esfera,  
Átomo de topacio,  
Ha tendido su vuelo en el espacio;  
Gracias á tí, los astros radiantes,  
Celesté florescencia de la noche,  
Son para el mundo, en el dolor proscrito,  
Soles girando en órbitas gigantes  
En un punto del éther infinito.—  
Gracias á tí, la humanidad avanza;  
Y si se aleja Dios, si el ser oculto  
A l' alma inteligencia

Vive en la inmensidad de una esperanza,  
 Esa esperanza sola es la conciencia.—  
 Gracias á tí—¿Qué mas desear? Tan solo  
 Una aureola á tus cabellos canos,  
 La mas noble de todas, la mas bella,  
 La torpe ingratitud de los tiranos.—  
 La tuviste ¡feliz! Cuando premiaba  
 El cielo con un mundo  
 Tus dolorosas penas,  
 El hombre te ligaba  
 Al borde de la tumba con cadenas.—  
 Mártir padre de América; el futuro  
 En la hora fatal de su justicia  
 Te hará salir de tu sepulcro oscuro,  
 Un himno estallará de polo á polo,  
 Y tu América entonces, santo anciano,  
 Hará de tu corona de martirio  
 El sol de su apoteosis soberano.—  
 Cuando llegue ese instante,  
 Poned en la balanza, grandes reyes,  
 Vuestro sol sin ocaso, vuestras leyes,  
 De vuestro nombre el ominoso culto,  
 Vuestra justicia que era la venganza,  
 Vuestro triste perdón que era el insulto;  
 Y pón, historia humana escarnecida,  
 Del otro lado de la fiel balanza  
 Los grillos de Colón.—Que Dios decida.

Marzo 14 de 1873.

Salvador Diaz Miron.

## ESTANCIAS.

A DOMINGO A. DIAZ.

Bienaventurados los que lloran.

Oh! los infortunados de la vida  
 Son felices aún! El sufrimiento  
 Es la palpitación del ala herida,  
 El ánsia de la fuerza comprimida,  
 La mas alta expresión del sentimiento!

El fuego del dolor es cual la llama  
 Del vaso en que la mirra se consume:  
 Purifica y eleva y embalsama;  
 Trueca el acbár áspero que inflama  
 En delicado y celestial perfume!

El pesar es poeta y es creyente:  
 Las lágrimas son gotas de rocío;  
 La tristeza es el nimbo de la frente,  
 Es el vuelo del ángel esplendente  
 Por encima de féretro sombrío!

La pena es el Calvario milagroso:  
 La prueba y la virtud de la grandeza:  
 El buitre inseparable del coloso;  
 El piélago salubre y espumoso  
 De donde surge la inmortal belleza!

Padecer es gozar de una ventura:  
 Seguir la inabordable lontananza;  
 La fe perdida ó la ilusión futura. . . .  
 La dicha, que se ignora mientras dura,  
 No es más que la memoria ó la esperanza!

La desgracia es la madre macilenta  
 De los hombres sublimes de la historia;  
 El génio es una nube de tormenta:  
 Destroza el corazón en que revienta,  
 Mas deja un frío póstumo la gloria!

¿Por qué insultas los fúnebres despojos  
 De tus extintas horas apacibles,  
 Y con un rayo irónico en los ojos,  
 Dices que los recuerdos son abrojos  
 Y las aspiraciones imposibles?

Venera tu aficción, alma sencilla!  
 Consagra el ataúd de tus amores!  
 Los muertos radian cuando el cirio brilla,  
 Cuando el duelo enlutado se arrodilla  
 Ante la huesa para echarles flores!

Bendice la inquietud de tu destino!  
 Reverencia el pañal como el sudario!  
 Tu afán es el augusto peregrino  
 Y al fin de la fatigas del camino,  
 Resplandecen las puertas del santuario!

No te arredres, oruga, por la fosa  
 En que hoy como un cadáver te despeñas;  
 No te aterres mañana mariposa,  
 Porque toques la espina de la rosa,  
 Porque te quemes en la luz que sueñas!

FEDERICO CARLOS JENS.

AL NIÑO HORACIO ARREDONDO,

(DE OCHO MESES.)

En el rostro inocente de su hijo  
Cifrando su placer y su ventura,  
Vela la madre con afán prolijo,  
Recostada en los bordes de la cuna.

En su anhelo quisiera, conmovida,  
Trasformar ese lecho en un palacio,  
Y sueña con las glorias de la vida  
Para dárselas todas á su Horacio.

De la cuna los níveos cortinajes  
En la alcoba resaltan con anhelo,  
Así cual se destacan los celajes  
Sobre el fondo purísimo del cielo.

A un niño guardan, cuya hermosa frente  
Es tan blanca y tan pura cual armiño,  
Donde posa sus lábios dulcemente  
Con un beso el arcángel del cariño.

Acaso en aquel ósculo le envíe  
Dios un saludo desde la alta esfera,  
Porque el niño, durmiendo, se sonríe  
Cual si toda su dicha comprendiera.

¡Ay! goza, goza tu placer profundo  
En ese sueño que no encierra enojos,  
Pues verás los horrores de este mundo  
Cuando abras luego tus divinos ojos.

Disfruta luego las delicias y el consuelo  
De la inocencia, que no tiene nombre,  
Que esa ventura que te brinda el cielo  
Despues la mata sin piedad el hombre.

Ama á tu madre, que con fe te adora,  
Aunque del mundo la ambición te llame;  
Enjúgale sus lágrimas si llora,  
Y por tí nunca, nunca las derrame.

Siempre tus pasos al honrado sigan,  
De tus padres haciendo la fortuna,  
Para que ellos, Horacio, te bendigan  
Cual hoy que te bendicen en tu cuna.

Jose Peon y Contreras.

VUELVE.

Vas á buscar espacios y horizontes  
Y dejas tu verjel?  
Vas á quemarte al sol de extraño clima  
Ave canora? vél  
Vél. . . . . si en un día de dolor, te acuerdas  
De tu pasado bién;  
Piensa en tu hogar que silencioso queda,  
No dejes de volver!  
Ya sé que vas henchida de ilusiones,  
Que sueñas un Edén,  
Que miras triste la enamada verde  
Que tu palacio fué;  
Que te parece lóbrega y siniestra  
Su agreste sencillez;  
Que ya no cantas como tú solías  
Cantar. . . . ¡todo lo sé!  
Pero si acaso un día te arrepientes  
Ave canora, ven;

Aquí está el lecho de esmeralda y oro  
 Donde te ví nacer;  
 Aquí están el estanque, la hortaliza,  
 La ruínosa pared,  
 Y el cercado cocal, donde volaste  
 Por la primera vez;  
 Aquí está todo cuanto tú querías,  
 Aquí mi amor también;  
 Yo no te olvido nunca ¡si padeces,  
 No dejes de volver!

## INDICE

	Páginas
JOSE JOAQUIN FERNANDEZ DE LIZARDI . . .	5
<i>El Pensador</i> .—Ninguno diga quién es, que sus obras lo dirán . .	13
Letrilla . . . . .	20
Soneto hecho el miércoles de ce- niza del año de 1811 . . . . .	23
Himno á la Divina Providencia . .	24
VICENTE RIVA PALACIO.—A Orizaba . . .	33
IGNACIO AVILA VAZQUEZ.—Orizaba . . . .	36
JOSE M. BANDERA.—Soneto (inédito) á la simpática cantora de Orizaba se- ñorita C. P. . . . .	40
ANTONIO PLAZA.—A la Luz.—Canción . .	71
A Rosario.—En su álbum . . . . .	44
Prix.—Soneto . . . . .	46
Mi voto.—Soneto . . . . .	77
Fé.—Soneto . . . . .	48
A la Memoria del Heróico Gene- ral Donato Guerra . . . . .	59

A la Señorita Luz Rivera y Río.	
En su álbum.....	52
MANUEL ACUÑA.—Todo se Acaba.....	54
¡Pobre Flor!.....	55
En una Calavera.—Improvisación	57
Madrigal.—A Ch. ....	58
Aislamiento.....	59
San Lorenzo.—Paisaje.—(A mi querido amigo Antonio Carrillo.	63
MANUEL M. FLORES.—Oda á la Patria.—	
5 de Mayo de 1862.....	68
Pasión.....	78
JUSTO SIERRA.—Cristóbal Colón.....	81
SALVADOR DIAZ MIRON.—Estancias.—A	
Domingo A. Díaz.....	87
FEDERICO CARLOS JENS.—Al niño Hora- cio Arredondo (de ocho meses)	90
JOSE PEON Y CONTRERAS.—¡Vuelvel.....	93